

LOS ZORROS DE LA NOCHE

Marco Antonio De la Parra (Chile)

Personajes

JOSE MIGUEL

EL VISITANTE

CORO DE LAS VIRGENES ALTIPLANICAS

0.

Oscuro.

Quizás la mano con un revólver y luego un rostro ante un espejo.

Sonido del crepitar inconfundible de un baño. El chirriar de una puerta desvencijada, una gotera ineludible...

A lo lejos, quizás a kilómetros, la melodía de la "secuencia de agonía" de un atipanakuy.

José Miguel:

¿Pablo?... ¿Nicanor?... ¿Se acuerdan?

La persistencia del silencio... los ecos del Supaypa Wasin Tusuq, el danzante en la casa del diablo

Voz de Lola:

Duerme, José, descansa...

José Miguel:

¡Mamá Lola! ... Madrecita... tengo la impresión de estar en un universo que no parece hecho por el hombre, como en día de Navidad en una aldea andina, mamita...

Voz de Lola:

Sueña, José Miguel, sueña o escribe tu sueño...

Un laberinto policromo de cintas, una cascada de espejos y brillos como un carnaval ayacuchano y las sombras de los danzantes de tijeras cubren a José María. Comienza la tragedia. Aparecen los músicos desde muy lejos.

1.

Arguedas pistola en mano, una lluvia lenta de libros.

Los músicos en lo suyo.

José Miguel:

¿A qué han venido?

La voz de los músicos:

A su fiesta de despedida, don José María. Ya que quiere irse, no se lo podemos permitir sin su música.

José Miguel:

Ya no siento el sentido de esa música.
Ya la enfermedad me ha quitado la vida.
Ya estoy muerto de pie.
Ya no descansa mi alma.
No le digan nada a Sibila.
No le digan nada a nadie.
No quiero que nadie se culpe.

La voz de los músicos:
¿Qué le cantamos? ¿Algo de su infancia?

José Miguel:
Mi madre está muriendo.
Mi padre se está casando con otra mujer que no me quiere.

La voz de los músicos:
¿Qué le cantamos?

José Miguel:
Me voy a refugiar con mi abuela y sus criadas. Me hablan en quechua. El mundo es un milagro secreto en una lengua ajena y propia.

La voz de los músicos:
Entonces un atipanakuy.

José Miguel:
Soy mestizo aunque no lo parezca. Soy de esta tierra y no de la que esta lengua postiza me encarna. Me duele el alma desde niño. Ustedes lo saben. Hagan como quieran, que ya es tarde.

La sombra de los danzantes y Arguedas pistola en mano. El final del principio, o a la inversa. Es lo mismo.

2.

José Miguel:
¿Doctora Hoffman, qué fue peor, la muerte de mi madre, la distancia de mi padre o el dolor de haber vivido en vano sin conseguir dejar de ser en algo español?
Yo quería ser quechua.
Yo quería ser peruano.
¿Usted a qué viene?

El visitante:
A escribirlo, maestro.

José Miguel:
¿A resucitarme? ¿No se da cuenta que estoy más muerto que vivo? Usted tiene acento.

El visitante:
Soy chileno.

José Miguel:

Chileno... De niño me enseñaron a odiarlos. De grande a quererlos. Tengo grandes amigos en Chile ¿Usted no es pariente de los Parra?

El visitante:

¿Qué más quisiera?

José Miguel:

Nicanor, Roberto, un gran amigo. Violeta, la maravillosa, se mató también hace un par de años.

La voz de una cantora, el paso cansino de una mujer con una pollera multicolor. Los músicos la saludan. La quietud de la sombra de los danzantes a su paso.

3.

El visitante:

¿Se quiere matar?

¿Por qué se quiere matar?

José Miguel:

¿Le parece poco el dolor de vivir? ¿Me alcanza mi requinto? Tenemos un tiempo entre bala y bala para cantarle alguna cosa, alguna cancioncita... a lo mejor hasta aparecen muchachas y podemos bailar... Esas lindas mujeres de mi vida... Tú no, Celia, siempre fuiste tan celosa. Sí, es verdad, fui muy enamorado.

El visitante:

Pero ¿por qué se quiere matar, usted, maestro?

José Miguel:

Las mujeres me salvaban la vida. Una mujer, su sexo abierto, era la vida y yo llevaba a veces la muerte entre las piernas como un caballo desbocado. Chiquitita, ven, chiquitita...

El visitante:

Podría ser su hija...

José Miguel:

Usted no sabe del amor ni una palabra. ¿Ha querido alguna vez morir? Si no ha querido morir no sabe la vida que da un beso, las ganas que devuelve caer al lecho enamorado.

El visitante:

Podría ser su hija. ¿Por qué se quiere matar el maestro?

José Miguel:

....Es mi droga, me hace escribir,
me hace acordarme de mi pueblo.

No soy un héroe.

Soy un hombre de carne y hueso que creció en una lengua equivocada.

Las huellas de las muchachas solteras que un sábado en la noche caminan por Ayacucho:
Qayari

4.

José Miguel:

Doctora, dónde se metió, doctora...

Lee mi futuro en mis sueños.

Lee mi calma en mis sueños, lee mi infierno en mis sueños.

Mamacita, mira...

doctora Hoffman, abrázame con sus palabras.

El visitante:

¿La conoce usted?

José Miguel:

Tengo que ir a verla a Chile...

Su amor, también ella es mi amor.

¿Dónde está Sibila?

Desde la muerte se puede ver el futuro.

¿Qué hizo metida en Sendero Luminoso?

Ella llevaba la herida de nuestros pueblos

Puesta como un cuchillo en el corazón

Pero ella tenía, tiene, tendrá la fuerza que yo no tuve.

El silencio de los músicos. La pausa expectante.

No quiero llorar más.

Quiero cantar bajito.

La música en el Perú imita amablemente la naturaleza.

No viene a romper el río sino a bendecirlo... ¿y en su país?

La mirada del visitante, los pasos de la cantora, el guitarreo de Roberto. El visitante parece sumergido en el mar de las melodías sin dueño, ausente.

5.

Desde la ausencia el visitante vuelve transformado. Los músicos se retiran al reconocerlo. Los danzantes quisieran clavarle las tijeras.

José Miguel:

Mis libros lo intentaron.

Hacer de este continente el último territorio,

donde era posible el milagro de una épica.

El visitante:

Ya no lo será.

Arrasarán con la epopeya como lo harán con todo.

(casi podría decir que lo siento)

José Miguel:

¿Quién es usted? ¿Quién se esconde detrás de esa barba y esas gafas de señor de arriba?

Usted me mira y no sabe que quedará apenas mi lengua original.

El visitante:

Su pueblo, deslumbrado con cuentas de colores.

José Miguel:

Estas canciones. Los danzarines de tijera.

Mi infancia repleta de sus ruidos, sus voces, sus colores.

Soy el que soy y no he querido hacer otra cosa que dar testimonio.

El visitante:

¿Testimonio?

José Miguel:

¿No es testimonio? ¿He vivido acaso en vano?

Creo reconocerlo.

¿Cómo que no soy un escritor profesional, don Julio Cortázar?

Usted me habla desde París, en francés,

en argentino que es como una lengua inventada,

entre español e italiano,

una lengua de un pueblo inventado, híbrido

Yo habría escrito entera mi obra en quechua.

El visitante suspira. Vuelan páginas. Se cierran y se abren libros.

¡No me esconda la pistola si ha sacado la suya!

La conseguí en Chile.

Ya sabe, supongo, que no es la primera vez que lo hago.

Lo hice con Seconal, en mi oficina en el Museo.

Me encontraron, me salvaron, la vida, dicen.

¡No me esconda la palabra si ha sacado la suya!

El visitante toma notas y se aleja. Cada paso suyo es un compás de vals criollo. Una pareja, sin tocarse danza, se miran simplemente.

6.

Una multitud de chiquillas bajando de la sierra. Las vírgenes que vienen de danzar de Culluchaca

José Miguel:

La pistola, la vida,

me sirvió para conocer a Sibila, chiquillas.

El coro de las vírgenes altiplánicas:

¿Fue feliz, José Miguel?

¿Muy feliz?

¿Fue feliz?

José Miguel:

Con ella, mucho.

Pero ni la felicidad basta ni el amor ni el sexo fuerte y duro.

¿Cuántas veces me metí en un prostíbulo

tan solo para dejar de querer morirme?

No saben lo triste que es ese mundo.

El coro de las vírgenes altiplánicas:

Tan alegre por encima,
tan triste por abajo.
Pero hace bien.
Uno deja de estar solo.
Tan alegre por encima,
tan triste por abajo.

José Miguel:
Cantaba, con Roberto Parra que era como mi hermano,
cantábamos en casas de huifas,
y las muchachas se nos venían encima
¿Quién me quitó la pistola?
Chiquillas, no sean malas.
No aguanto lo que siento.

El coro de las vírgenes altiplánicas:
¿Qué siente?
¿Qué no aguanta de lo que siente?

José Miguel:
No sentir nada.
¿Alguna vez no han sentido nada?
No digo que se hayan anestesiado.
Es peor.
Es como tener los sentidos aguzados.

El violín aguzado y la mirada de los músicos.

El coro de las vírgenes altiplánicas:
Duele el aire.
Duele respirar.
Duele moverse.
Todo duele.
Cuando no se aguanta lo que se siente.

José Miguel:
Deja de tocar el arpa, deja ese violín, Máximo...
Acuérdense de enterrarme con música.

7.
El visitante gesticula con una pistola sobre la arena. Es la danza lenta de una caligrafía impecable.

José Miguel:
¿Qué está anotando?
¿Qué está escribiendo?
¿Usted es psiquiatra o dramaturgo?
Igual ya no me sirve de nada.
Veo en su futuro la misma desazón, la veo también en su pasado.
Acaso todo artista no es más que una herida abierta.
¿Qué escribe?

El visitante:

La herida por la que sangra su pueblo y su tierra.

José Miguel:

Recuerde que su palabra tiene que cuidarla para que sea poderosa
y tenga el sabor de sus piedras, de sus lluvias,
del aire salobre de la costa como del frío serrano.

¿De verdad usted escribe?

Habría entonces pensado en el suicidio.

El visitante:

Hay poetas enormes que se pasan cantando.

Poetas que le cantan a todo lo que se mueva y no se mueva.

Hasta al canto le cantan.

José Miguel:

Entonces, no los pillaré como a mí,
con la soga al cuello ni la pistola en la mano.

Neruda, lo envidio, su gozo de vida.

O la sensatez divertida de Nicanor que hace poemas de las bromas
como quien saca palomas de una chistera.

Yo soy de los tristes.

El visitante:

¿Acaso todas sus novelas huelen a dolor?

José Miguel:

Sí. No consigo contar otra historia que la de mi pueblo,
que la del idioma que hablo, un idioma arrasado.

Mi tierra, una tierra arrasada desde sus comienzos,
desde que los conquistadores se dejaron caer
no ha cesado de mezclarse la sangre con los ríos.

El visitante:

De ese dolor escribiré, pero

no me acuse entonces de pesimista.

José Miguel:

No lo haré, lo entiendo.

Soy lo que he vivido.

Y en vano no he vivido.

Mi escritura es testimonio.

Dígale a Julio...

La entrada estrepitosa del Wallpa wajay, cuando se debe, cuando es la hora en que canta el
gallo. El visitante se acerca como para darle un beso.

El visitante:

¿Qué, maestro, qué?

José Miguel:

...que el único escritor de verdad de toda América

Es Juan Rulfo... Los demás, todos,
hemos escrito y vivido demasiado.

Las sombras de los danzantes. El violín, el arpa y un disparo en el acorde preciso para el
silencio.

El visitante:
Maestro,
¿sigue usted aquí?

Oscuro y silencio.

Marco Antonio de la Parra. Correo electrónico: marcodelaparra@gmail.com

Todos los derechos reservados
Buenos Aires. (2023)

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral Buenos Aires. Argentina.
www.celcit.org.ar
Correo electrónico: correo@celcit.org.ar